

## II

### HENDAYA

«España prefiere morir de pie que vivir de rodillas». DOLORES IBÁRRURI *la Pasionaria*

MIENTRAS el tren serpenteaba por los grises suburbios de París y se adentraba en el paisaje verde y fresco, eché un vistazo a mis compañeros de viaje. Eran unos veinte, todos acomodados en asientos mullidos ante mesitas pequeñas, pues el vagón era al mismo tiempo restaurante y salón panorámico. Tenía cerca a un francés de mediana edad, un pilar de la burguesía, y su hijo adolescente; pero no hablé con nadie hasta la hora del almuerzo. El francés colorado y su hijo compartían mesa conmigo: el padre consumía enormes cantidades de buena comida y mejor vino, y animaba al hijo a comer y beber más, como una gallina con su polluelo. Inevitablemente, las barreras se vinieron abajo:

—*Etes-vous Américaine, mademoiselle?*

—Sí, ¿por qué?

—Come muy poco. ¡Almorzar sólo ensalada! Ustedes los americanos no han aprendido a vivir —dijo llenando de nuevo la copa de su hijo y bebiendo un largo trago de la suya.

Me dijo muy ufano que llevaba a su benjamín, el cuarto de sus hijos, a ver las bellezas incomparables de *la belle France*, que cada año le descubría una parte de su país amado. El año pasado, Normandía; este año, la región de los castillos.

—¿Y el resto del mundo?

No respondió, pero su mirada me decía que como persona moderadamente viajada, debía saber que fuera de Francia no existe lugar alguno que merezca ni una visita.

—¿Puedo preguntarle adónde va? —me dijo cortésmente.

El muchacho callaba, esforzándose valerosamente por digerir las montañas de comida que su padre le servía sin parar.

—A España.

Otra mirada compasiva.

—¿Y Francia? Escuche, *mademoiselle... Tiens, André, regarde! Que c'est beau, ce château!* Mire, *mademoiselle*, un famoso castillo, uno de tantos monumentos a *l'esprit* de Francia... mire...

Hablaba y hablaba, parecía una guía Baedeker. Su letanía de las glorias de Francia duró un par de horas. El chico se había quedado dormido, sedado por la buena vida, y a mí también me entraba sueño. Pero no había manera de escapar de este ardiente patriota. Me obligaba a escuchar. Por fortuna, no esperaba demasiado de mí en cuanto a conversación; bastaba con algún que otro sí, no, por qué. Al fin me rescató un vendedor de periódicos que entró en el vagón en una de las grandes estaciones.

—*Ah, les journaux!* —dijo el caballero relamiéndose como si aquello fuese lo único que le faltaba para alcanzar la paz y la plenitud en ese momento.

Una gran fotografía de La Argentina ocupaba la primera plana. No se trataba de sus triunfos ni de un panegírico; era la noticia de su repentina muerte.

El francés le echó un vistazo al artículo y pasó a la sección financiera. Yo me quedé inmóvil, con la imagen sobre las rodillas, mirando esos rasgos tan expresivos, atrapados en un momento de alegría y ahora quietos para siempre. El profundo significado de su muerte, no sólo para el mundo sino para mí personalmente, fue calando despacio.

Ella se había adueñado de mi imaginación desde niña, había sido el norte de mis esperanzas, fuente inagotable de inspiración, la meta de mis ambiciones más hondas. Tan grande, tan grandísima era, que ningún artista le habría querido hurtar ni un instante de su gloria, ni una alabanza dedicada a ella.

Había muerto en un país extranjero, en Francia, a sólo una hora de su querida España, la tierra a la que tanto tiempo y tan bien había servido como artista y como encarnación de su espíritu. Ningún ministro llevaba en su cartera un mensaje tan esencial acerca de España, como el que desprendía el chasquido de sus castañuelas.

Un revuelo de voces me despertó de mi ensoñación. El francés había dejado el periódico, y él y su hijo organizaban sus pertenencias. Estábamos llegando a una ciudad pequeña, y ya había anochecido. Me di cuenta de que llevaba varias horas sumida en mis tristes pensamientos.

—*Au revoir, mademoiselle. Dis au revoir à mademoiselle, André.*

El tren se había detenido. Sólo quedábamos cinco pasajeros. La Nègresse: veinte minutos hasta la frontera española. Pocos minutos después de reemprender el viaje entró un revisor, una réplica exacta del francés que se acababa de bajar, pero con uniforme. Parecía muy alterado y, colocándose en el centro del vagón, se aclaró la garganta. Los cinco lo miramos, expectantes, suponiendo que iba a anunciar la cena.

—Lamento informarles, *messieurs, madame* —haciendo una reverencia hacia mí— que la frontera española se cerró hace media hora. Sólo a los españoles se les permitirá el paso.

En el vagón no había ni un español. Todos recurrimos a nuestras lenguas maternas, bombardeándolo con preguntas en portugués, alemán, neerlandés e inglés. Herido en su dignidad, su formalidad se mantuvo firme frente a nuestra angustia. Murmurando en un francés claro y preciso que «todos debían bajarse en Hendaya», se retiró para realizar el mismo anuncio tremendo en el siguiente vagón, completamente satisfecho del efecto que había causado en el nuestro.

Tres pasajeros empezamos a hablar en francés, y los dos portugueses, que no conocían otra lengua que la suya, nos importunaban preguntando de qué hablábamos. Parecían indefensos, heridos; sus ojos tristes me recordaban tanto al gran danés que había dejado en casa que, pese a la gravedad de la situación, me entró la risa floja: mi reacción habitual ante la tensión nerviosa.

No sabíamos aún por qué habían cerrado la frontera. Por mucho que hablásemos, nada podíamos hacer. El tren ya entraba en Hendaya, la última estación francesa, y todos nos quedamos dentro con la pueril esperanza de poder recorrer los dos kilómetros hasta Irún sin que nadie se diera cuenta.

Nuestra tozudez no pudo con el revisor.

—Todo el que no sea español debe bajarse aquí. De lo contrario, los devolverán desde Irún. Hay una revolución en España.

Pocas palabras, pero impactantes. Miré a lo demás para ver cómo reaccionaban. El holandés y el alemán suspiraron con alivio; los dos portugueses intentaban inútilmente comprender sus explicaciones.

—¿Una revolución en España? Me alegra que no sea algo más serio. Cuestión de un par de días —dijo el holandés.

Pero incluso dos días esperando en la frontera me parecían una eternidad: estaba en un limbo, ni aquí ni allí. Maldiciendo mi suerte por haber perdido el tren anterior y exasperada con la actitud relajada de los europeos con respecto al tiempo, recogí mis cosas. Nos bajamos todos y nos quedamos de pie formando un desamparado grupo rodeado por mis maletas, cuyas etiquetas —en las que estaba visiblemente escrito «Madrid»— me miraban burlonas.

Nos habríamos quedado ahí indefinidamente si el holandés no hubiera tomado la iniciativa. Conocía Hendaya y nos recomendó que no fuésemos al hotel del centro, sino al de Plage d'Hendaye: ya que no nos quedaba otra solución que permanecer allí, debíamos pasar esos pocos días lo mejor posible.



La ciudad de Hendaya era insignificante y gris, aunque ahora la invadía una atmósfera de súbito frenesí por su proximidad a España. A sólo un kilómetro estaba Plage d'Hendaye, un atractivo centro turístico con casas encantadoras donde a cualquier persona le gustaría vivir.

Nos llevamos a los portugueses, ya completamente abatidos, con la esperanza de que en el hotel hubiera alguien que pudiera explicarles lo que ocurría.

Se trataba de un gran hotel, el mejor que había en esa zona costera para aquellos franceses que no podrían permitirse los más lujosos de San Juan de Luz o Biarritz. Sin embargo, pese a que era verano, estaba prácticamente vacío. Mi habitación tenía vistas a España. La reservé dos días.

Dos semanas más tarde, seguía esperando. Pero el hotel ya no estaba vacío. Estaba lleno de una multitud de embajadores, corresponsales y refugiados. El holandés se había marchado a Holanda hacía tiempo; el alemán, a Colonia; y yo esperaba que los dos portugueses estuviesen a salvo en su país. Se habían vuelto a Burdeos para coger un barco con destino a Lisboa.

De lo único de lo que se hablaba era de España. Todos corrían de acá para allá con caras largas, alterados, exceptuando las familias de la burguesía francesa, empeñadas en disfrutar de sus vacaciones. Sus sandalias, pantalones cortos de colores y bañadores contrastaban extrañamente con el atuendo formal de los demás, pero todos estábamos unidos en la gran fraternidad de la boina, sin importar nuestra edad, nuestro sexo ni nuestra posición social.

Me sorprendió la cantidad de embajadores que salían de España. Siempre había pensado inocentemente que el diplomático permanecía en su puesto sin moverse, especialmente en tiempos difíciles. Parecía que no hacían nada; se pasaban el día en los salones del hotel, rodeados de secretarios, pero sin dictar otra cosa que no fuera lo que deseaban tomar en el aperitivo. El embajador checo me imponía especialmente. Siempre aparecía con sombrero, bastón, guantes y un clavel reventón en la solapa.

Cuando se les preguntaba a los corresponsales de prensa acerca de su permanencia en Hendaya, siempre tenían una excusa, argumentando que no eran seguras las comunicaciones por tren, que estaban esperando coches especiales, los pases necesarios o instrucciones adi-



cionales. Decían insistentemente que estaban ansiosos por regresar a Madrid o a sus ciudades de origen, pero permanecían en Francia. La mayor parte de sus comunicaciones oficiales a sus respectivos gobiernos aparecían como remitidas desde Irún, cuando en realidad se enviaban desde Hendaya. Y los pocos corresponsales que admitían con franqueza que la dirección de origen de sus mensajes era Hendaya se excusaban diciendo que para que llegasen bien a su destino era más seguro y rápido mandarlos desde Francia que desde España.

Todo habría resultado de lo más interesante en cualquier otro momento, pero entonces me sentía enojadísima por la situación. La revolución española no significaba nada para mí, aparte de la demora de mis planes personales. Mi único consuelo era la esperanza de que terminara pronto, que se tratara de una tormenta pasajera, como las revoluciones latinoamericanas. Mi optimismo se vio reforzado por un telegrama que recibí de Jaime.

Yo le había teleografiado repetidamente, pero estaba claro que los mensajes no llegaban. El último sí tuvo respuesta: «Paciencia, querida, pronto pasará».

Era lo que decía casi todo el mundo en Hendaya. Pero había algunos, más pesimistas, tal vez más objetivos, que no creían que la situación se resolviera tan fácilmente, en tan poco tiempo. Incluso decían que el levantamiento tal vez durase varios meses.

Naturalmente, las simpatías de todos los españoles en Hendaya estaban con los insurgentes, de manera que su visión del conflicto era indudablemente sesgada. Su información provenía de los dirigentes de la rebelión, pues muchas familias españolas de las que esperaban en Hendaya eran del más alto nivel político y financiero. Estaban preparadas para regresar de inmediato, en cuanto pasara el peligro. Los informes que recibían les aseguraban que la victoria final era cuestión de días.

Se había organizado una fiesta por todo lo alto en Pamplona para celebrar el triunfo rebelde en todo el país. El joven marqués de Linares, hijo de una de las familias aristocráticas más antiguas de España, acababa de llegar de Pamplona y me describió la escena: misas, procesiones, discursos en los que se le decía a la gente que todo iba a acabar al día siguiente, y que las tropas de Franco y Mola estaban a punto de entrar en Madrid. Pasado un año entero, todavía no habrían entrado.

Uno de los que dudaban de la brevedad de la guerra y estaba deseando entrar en España a cualquier precio era un checo cuyo nombre no puedo revelar. Llevaba cuatro días en el hotel y su rostro severo y triste me había llamado la atención. No hablaba con nadie y siempre estaba haciendo llamadas confidenciales a Ámsterdam, Praga, París o Viena. Cuál sería la naturaleza de su ocupación no lo sabía, pero estaba convencida de que era algo político; hasta exigía que el recepcionista que realizaba la conexión se ausentara de la centralita, para asegurarse de que nadie escuchaba.

Su destino era Santander y por tierra sólo se llegaba pasando por San Sebastián, lo cual era prácticamente imposible debido a los combates. En menos de una semana el gobierno de San Sebastián había cambiado dos veces: de republicano a nacional y de nuevo a republicano. La única vía que le quedaba al checo era por mar. Como no hablaba ni francés ni español quiso que yo lo ayudase a encontrar un barco que lo llevase a Santander o al menos a Bilbao. No era la primera vez que agradecía el empeño de mis padres en que aprendiese francés y español, aunque ¡qué amargas lágrimas había vertido de niña, cuando mi madre me dejó en una escuela de Auteuil y me sentí abandonada entre esas frías y austeras paredes revestidas de negro!

Sabiendo que yo también ansiaba atravesar la frontera, el checo me propuso un trato: si yo conseguía que entrásemos en España, él me ayudaría luego:



—¿Para qué se va a quedar aquí sentada? Venga conmigo. Cuando estemos en Santander estoy seguro de que podré ayudarla. Tengo coche allí y creo que aún no ha sido requisado por el gobierno. Lo pondré a su disposición. Estaremos en territorio republicano, así que podré proporcionarle un transporte seguro hasta Madrid.

Era la primera vez que decidía en serio intentar entrar en España al margen de los canales ortodoxos, aunque me había tentado la idea muchas veces. Desde mi ventana del hotel, Irún parecía al alcance de la mano.

Pero aquello imponía. Qué raro: todo el tiempo que estuve allí, el sol inundaba Hendaya y su frondosa vegetación, mientras que sobre España siempre veía un cielo amenazador, con pesadas nubes negras que cubrían la tierra con su sombra. Había realizado varios intentos infructuosos de descubrir un medio seguro para cruzar la frontera, pero eran impracticables por no decir fantasiosos: desde el ofrecimiento de conquistar los Pirineos a lomos de un burro, hasta la posibilidad de entrar como corresponsal; esta opción iba acompañada de una macabra historia: la última mujer a la que este ingenioso emprendedor ayudó utilizando una coartada similar fue capturada y jamás se volvió a saber nada de ella.

Hubo una tercera invitación proveniente de M. Belletoise, director del Hotel Palace de Bilbao, un joven francés pomposo y autoritario que, cuando vino a visitar al responsable del hotel en el que yo me alojaba, me propuso que fuese a Bilbao. No era una mala idea, pero en ningún momento me ofreció una solución concreta para llegar allí. Cada mañana, tras preguntar formalmente por mi salud y estado de ánimo, salía a la escalinata fumándose un puro enorme, asegurándome que a última hora de la tarde tendríamos un plan definido a seguir. Yo me preguntaba dónde pasaba el día, hasta que lo averigüé.

Me dirigí al Puente Internacional, a ver si conseguía información de los guardias del lado francés. El puente que une Hendaya e Irún

es pequeño, como una décima parte del de Brooklyn. La gente solía hablar a voces de un lado a otro. Ahí de pie, a diez metros de los guardias que vigilaban el puente, estaba mi amigo Belletoise solo, fumando su inevitable puro, sumido en sus pensamientos. Era evidente que lo único que podía hacer, en cuanto a nuestro paso por la frontera, era conseguir permiso para acercarse diez metros más a España. Ni siquiera su familiaridad con los guardias, después de haber cruzado durante años ese mismo paso, le permitía más. Por fin había averiguado en qué consistían sus preparativos para nuestro viaje.

No obstante, sí que realizamos un intento aventurado de poner pie en suelo español que terminó en brusca retirada. Cierta día, Belletoise y yo, con dos amigos suyos, fuimos en coche hasta Vera, pueblo fronterizo escondido tras el Pirineo español. Para llegar había que subir una montaña, en cuya cima se encontraba el primer puesto fronterizo de la zona. Aquí, en la mismísima cumbre, había una taberna con un balcón desde donde se contemplaba la belleza sombría y primitiva de los valles vascos.

El ambiente era amable y el tabernero y los pocos oficiales allí destinados nos recibieron con sonrisas. La ruta era difícil y poco conocida, así que éramos los primeros forasteros que veían en bastante tiempo. Por eso tanta simpatía. Aburridos y contentos de tener algo que hacer, nos dejaron pasar y bajar por el otro lado hasta el pueblecito de Vera. Aquí la recepción fue distinta: nos rechazaron con rudeza y amenazas. Dos guardias jugueteando con sus pistolas en la mano nos dejaron bien clarito que teníamos que marcharnos, y deprisa.

—¿Esta zona qué es, republicana o nacional? —les preguntó uno de los hombres que venían en el coche.

No respondieron, sino que nos indicaron que debíamos irnos, y esta vez no dudamos. En aquella callecita estrecha había mucho movimiento. Estaban pegando bandos en las paredes. Preguntamos a una

joven con una niña pequeña quién ocupaba el pueblo, pero bajo la mirada vigilante de los guardias le dio miedo responder.

Volvimos a la taberna sin haber averiguado nada. Mientras bebíamos sidra helada, nos sorprendió el sonido de un coche que subía la cuesta a toda velocidad. Debía de ser conocido o esperado, porque enseguida salieron todos a ponerse junto a la carretera, puño en alto, gritando emocionados.

Cuando por fin fuimos capaces de distinguir el nombre que gritaban, resultó que no era otro que Pío Baroja, conocido por nosotros como el gran autor radical español. Huía de su casa de Vera. Ya no necesitábamos preguntar quién mandaba en el pueblo.

De entre todos, el plan del checo parecía el más factible. Llegamos a un acuerdo y pedimos un automóvil para ir a Bayona, el puerto importante más cercano, a una hora de distancia. Llegamos sobre las seis de la tarde, en medio de una lluvia gris. Despedimos al chófer y decidimos recorrer el puerto, parándonos en cada barco, hasta que encontrásemos un patrón dispuesto a llevarnos.

Pero no habíamos tenido en cuenta la mentalidad francesa. No había dinero en el mundo para conseguir que ningún pescador, ni el más humilde, arriesgara el pellejo. Nos miraban como si estuviésemos completamente locos.

—*Jamais de la vie! Aller en Espagne maintenant? Je conseille que vous n'y pensiez plus.*

O sea, ¡jamás en la vida! ¿Ir a España ahora? Les aconsejo que ni lo piensen.

Desanimados y calados hasta los huesos, seguimos andando hasta llegar a un barco carbonero inglés. La tripulación nos informó que su ruta solía llevarlos a Bilbao y a Santander. Pregunté por el patrón.

No lo dejé hablar. Lo apabullé con la necesidad apremiante de mi tío (el checo) y mía por entrar en España.

—Tengo allí a mi familia, nos esperan angustiados, sobre todo mi niña, mi hijita. Por favor, ¡llévenos!

Y me puse a contarle nuestra trágica historia, inventada sobre la marcha. El pobre patrón intentaba meter baza, en vano. Yo seguía con mi historia. Cuando terminé con aire doliente, dijo:

—Señora, se podía haber ahorrado el trabajo. Intentaba decirle que acabo de recibir la orden de zarpar para Inglaterra esta noche. No vamos a España.

Ya sólo quedaba en el puerto un barco por probar, un buque de guerra. No sabíamos cuál era su nacionalidad, pero tampoco queríamos reprocharnos más tarde el haber perdido una oportunidad, así que nos acercamos. Entre los otros barcos, resultaba enorme, imponente. Un marinero francés lo contemplaba desde tierra, así que le preguntamos de qué país era.

—No lo sé. Pero acaba de llegar de España con refugiados. Tendrá que volver.

Esperanzados de nuevo, nos acercamos más aún y llamamos a unos hombres que trabajaban en cubierta. Nos respondieron en alemán. Antes de que pudiera formular mi petición tantas veces repetida, mi acompañante me alejó rápidamente de allí. Evidentemente no deseaba mezclarse con alemanes. Luego me contaría de sus muchos viajes secretos a Alemania, siempre bajo identidades falsas; era peligroso que lo reconocieran en territorio alemán.

Cansados y completamente desanimados, volvimos a Hendaya. Mencioné de nuevo a un siniestro individuo al que había visto varias veces por las noches, tarde, en un restaurante cercano. Siempre aparecía cautelosamente hacia medianoche y conversaba con sigilo y largo tiempo con la propietaria o con un grupo de hombres que ocupaba un rincón oscuro. Este halo de misterio realzaba la complexión de su cuerpo largo, delgado y su mirada achinada. Se decía que tenía medios para ayudar a la gente a pasar la frontera.

La primera vez que lo sugerí como posible ayuda, mi amigo checo lo descartó, desdenoso. Pero ahora, de camino a casa, era menos optimista en cuanto a otros planes y me dijo que no perdíamos nada hablando con ese hombre.

—¿Se puede saber quién es?

—No lo sé, pero lo que sí sé es dónde podemos averiguarlo.

Ya eran las once cuando llegamos al hotel y se acercaba la hora en que se le podía esperar, así que fuimos al restaurante donde lo había visto tantas veces. Pero no estaba. Después de muchos cuchicheos, de muchas miradas reveladoras a nuestro alrededor y tras deslizar un billete en la mano de la patrona, ésta reconoció que sabía a quién me refería y se ofreció a llamarlo por teléfono a ver si nos recibía.

Llamó y nos informó de que podíamos verlo esa misma noche, pero tendríamos que acudir al lugar en el que él se encontraba. Nos esperaba en el Grand Café de Hendaya: no podía venir porque su bicicleta estaba rota.

No íbamos a dejar que semejante tragedia cambiase el curso de nuestras vidas, así que emprendimos el camino hacia la ciudad de Hendaya, a un kilómetro solamente, un viaje peligroso para quien lo acomete en el único medio de transporte público disponible, el tranvía que une Plage d'Hendaye con la ciudad.

El camino que el tranvía tenía que recorrer era arriesgado a los ojos de un conductor romántico. Cruzamos de noche, a toda velocidad, a un ritmo heroico y aunque éramos los únicos pasajeros y el conductor sabía adónde íbamos, anunciaba cada parada con voz campanuda y gesticulando y frenaba y arrancaba como un campeón en cada cruce. Las luces del vagón parpadeaban intimidadoras y el silbato sonaba entre el rugido volcánico de los raíles.

—Así me sentí la primera vez que viajé en avión —dijo el checo entre risas.

El Grand Café de Hendaya, en realidad el único café de Hendaya, era un humilde bistró con unas pocas mesas vacías en la terraza, lastimosas bajo la lluvia. El hombre de la mirada achinada esperaba dentro. Se presentó muy formalmente entregándonos su tarjeta de visita, donde ponía que era presidente del sindicato de camareros. Esta magnífica organización tenía un solo miembro: nuestro amigo achinado.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, *monsieur, madame*?

—Tenemos entendido que tal vez pueda ayudarnos a pasar la frontera.

—Ah, sí. Naturalmente. Comprendo.

Le hicimos algunas preguntas a las que respondió vagamente, aunque se animó ante la mención de dinero.

—Hará falta bastante, deben comprenderlo. He ayudado a innumerables personas y todas han logrado pasar. Pero tardaremos un poco. He de ver al alcalde, arreglar ciertos papeles, sellos, documentos. Eso también cuesta dinero. Y no debo descuidar ningún detalle.

Pero no nos explicaba en qué consistía su método.

—¿Cuánto tardará? —le pregunté.

—Una semana, o dos, por lo menos.

Le explicamos que no nos interesaba remover mucho las cosas que lo que queríamos era pasar tan rápidamente como fuese posible y lo dejamos con sus ojos achinados y sus cálculos matemáticos. Aquí no había nada que hacer.

El mejor plan se presentó inesperadamente. Eddie Hunter, periodista de Nueva York, delgado, con pinta de intelectual, llevaba sólo un par de días en Hendaya cuando recibió de su agencia el encargo de cubrir Barcelona. Estaba allí para entrevistar a dos chicos americanos que se habían metido en líos en España. Aburridos de la vida en Hendaya, decidieron echar a andar a la aventura. Bordeando la frontera,

no pudieron resistirse a la tentación de cruzar; fueron capturados y encerrados hasta que el agregado americano confirmó su inocencia.

Eddie sabía que yo estaba loca por llegar a Madrid, así que me propuso que intentara entrar con él. Como no sabía español yo podía servirle de intérprete y él a su vez me ayudaría con sus credenciales de periodista. Decidimos ir juntos. Él sabía que el único camino abierto para nosotros era por Portbou y para llegar había que cruzar territorio francés hasta Perpiñán. Habríamos salido de inmediato, pero se me estaba acabando el dinero y esperaba que me hicieran un envío desde los Estados Unidos; como había previsto ir directamente a Madrid casi no tenía dinero francés ni americano, sólo un cheque en pesetas, canjeable en un banco español. Decidimos celebrar nuestro acuerdo con una cena y elegimos un pequeño restaurante muy atractivo y pintoresco, famoso por su excelente cocina. Fuimos un poco temprano y, como aún no había más clientes, el personal estaba ocupado preparando la cena. Nos llegaban aromas deliciosos desde la cocina y decidimos prepararnos para el festín con un montón de entremeses.

—Pero ahora no servimos entremeses, *monsieur, mademoiselle* —dijo la camarera con dulzura—. Eso es al mediodía. Ahora hay sopa.

—No queremos sopa, gracias —dijo Eddie cortésmente—. Prepárennos lo que sea, pero entremeses.

—Lo siento mucho, *monsieur*. Ahora hay sopa.

Parecía muy preocupada.

—*Fine potage de petits pois à la paysanne*, muy buena.

—No, gracias. Por favor, tráiganos sardinas, mortadela, los entremeses que tengan.

La camarera, tan menudita, se fue muy agitada. Enseguida vino el chef, alto, majestuoso, blandiendo un cucharón de palo.

—Les gustará la sopa, *monsieur, madame*. Es la mejor de Francia.

Sonriendo obsequiosamente, pasó el dedo por el cucharón y, muy satisfecho, probó su creación.

—Que no queremos sopa —dijo Eddie furioso—. Queremos entremeses.

El chef nos miró con saña y asco y se fue a la cocina. Por las delgadas paredes retumbó un rápido intercambio entre él y la pobre camarera. El tono fue subiendo hasta que la chica gritó:

—Pero ¿por qué vamos a perder dos clientes?

A lo cual contestó el chef:

—En este restaurante mando yo. Si no quieren sopa, que se vayan.

Un momento después se oyó un escándalo tan violento, que parecía que una horda de tártaros había caído sobre aquel santuario culinario. El chef y la camarera chillaban de terror, tiraban cacharros, daban portazos y, en resumen, nos aterrorizaron a nosotros. El chef salió corriendo, desencajado y tembloroso.

—*Allez-vous-en... Il y a un chien fou dans la cuisine...*

O sea, ¡deprisa, hay un perro rabioso en la cocina!

Me levanté de un salto y agarré a Eddie de la mano, llevándomelo de allí. El hombre que había informado de crisis internacionales en Egipto, China, Japón y Etiopía corrió tanto como yo.



Evidentemente, era lo que deseaba el chef. Cuando pasamos por delante del restaurante media hora más tarde, estaba lleno de comensales que disfrutaban de su sopa. La camarera les atendía como un ángel de la guarda y el bulo del perro rabioso se había olvidado. Decidimos que nunca más exigiríamos entremeses si nos ofrecían sopa.



A la mañana siguiente me despedí de mis amigos de Hendaya. Casi todos me dijeron que nos veríamos en Madrid en dos semanas. Muchos ya han vuelto a sus países o siguen esperando en Hendaya.

A las tres ya nos habíamos despedido cuatro veces, tras perder tres trenes. Mi dinero no había llegado. Al final, Eddie me propuso cambiar su billete de primera por dos de tercera y tomamos el tren de las cuatro.

En Hendaya seguía luciendo el sol, pero Irún se presentaba oscuro y nublado.

